


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Morgan, Kevin: *International Communism and the Cult of the Individual. Leaders, Tribunes and Martyrs under Lenin and Stalin*, Londres, Palgrave Macmillan, 2017.

Martín Duer

Universidad de Buenos Aires
martin_duer85@hotmail.com

Fecha de recepción: 10/11/2017
Fecha de aprobación: 17/11/2017

El fenómeno del culto a la personalidad del líder en cuanto aspecto saliente de ciertos movimientos de masas durante la primera mitad del siglo XX occidental constituyó tempranamente una apropiada plataforma temática para el desenvolvimiento de las más variadas elaboraciones teóricas. Sus avasallantes caracteres ciertamente reforzaron los argumentos de quienes denunciaron dicho fenómeno como una de las manifestaciones de la tendencia hacia una irrefrenable expansión del poder totalitario del Estado¹. Específi-

1 La filosofía política liberal tuvo en este sentido su principal exponente en el pensamiento de Hannah Arendt. Véase Arendt, Hannah: *Los orígenes del Totalitarismo*, Madrid, Santillana, 1998. Por su parte, la izquierda no marxista halló en las reflexiones de Cornelius Castoriadis un extraordinario referente, quien abordó la problemática de la ubicuidad estatal fundamentalmente desde la perspectiva de la tendencia a la creciente burocratización presente en las sociedades modernas. Véase entre otros, Castoriadis, Cornelius: *La institución imaginaria de la sociedad*, Buenos Aires, Tusquets, 2007 y *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*, Barcelona, Gedisa, 2005.

camente, en lo que respecta a su expresión de izquierda, el carácter paradigmático que en este sentido asumió el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) —y, particularmente, el dirigente bolchevique que llegó a desempeñarse como Secretario General de su Comité Central a lo largo de tres décadas— le garantizó un espacio destacado como objeto de análisis. La tragedia es aquí dolorosamente evidente: la cuestión implica en este caso la transformación de la energía revolucionaria desplegada desde abajo por las masas en el principal insumo de una maquinaria tendiente a colocar en la cima del movimiento comunista a un individuo destinado a condensar en su persona las cualidades idealizadas del guía de los destinos de los explotados.

La figura de Stalin efectivamente ocupa un lugar prominente en la más reciente obra del Profesor de la Universidad de Manchester y especialista en la materia, Kevin Morgan. No obstante, el abordaje que emprende en ella no se agota en el análisis del “Pequeño Padre de los Pueblos.” Escrito como un libro de historia política, los planteos desarrollados en *International Communism and the Cult of the Individual* suponen a la vez una invitación a una reconsideración crítica de ciertas hipótesis ensayadas en torno a la cuestión desde distintos ámbitos disciplinarios.

Morgan recurre a un amplio corpus de fuentes primarias para fundamentar su estudio: la prensa y las publicaciones de los partidos integrantes de la *Comintern*; la iconografía desplegada en este marco; la correspondencia entre los dirigentes; los testimonios ilustrativos de diferentes cuadros partidarios; las laudatorias biografías y autobiografías; las producciones de intelectuales y artistas. Todo este material le permite ofrecer a lo largo de los siete capítulos en que está organizado el libro un estudio comparativo tendiente a brindar una caracterización de conjunto del llamado culto a la personalidad, originado en el país de los soviets y extendido al movimiento comunista internacional entre el triunfo de la Revolución de Octubre y la celebración del XX Congreso del PCUS en 1956.

El abordaje de la figura de los dirigentes de las secciones nacionales de la *Comintern* no deja de lado la especificidad de cada caso. No obstante, el autor procura inscribir el análisis dentro del plano más amplio de una dimensión transnacional, cuya estructuración jerárquica tiene necesariamente como vanguardia al partido que logró comandar la primera revolución socialista triunfante de la historia. Es precisamente en el descubrimiento de las particularidades que surgen de esta interacción

donde radica la ventaja del análisis comparado que propone Morgan, para un campo problemático usualmente circunscrito a las respectivas esferas nacionales.

El historiador se vale igualmente de las herramientas que le provee la sociología. Así, el trabajoso proceso de construcción del culto a la personalidad de Stalin durante el período previo a la Segunda Guerra Mundial se nos revela como un mecanismo de institucionalización del halo carismático que supo ganar Lenin como principal dirigente de la Revolución. Stalin, nos dice Morgan, se apropió y utilizó en su provecho un “capital político” acumulado legítimamente por quien le precediera —en virtud de sus propios atributos— en cuanto máxima figura del comunismo internacional (p. 106). No es el único caso reseñado, pero sí el de mayor resonancia.

Sin embargo, insistimos, el núcleo analítico permanece en la arena transnacional. Morgan reconstruye un complejo panorama del movimiento comunista internacional de la primera mitad de la centuria pasada, el cual supone un variado espectro de situaciones cuyos extremos quedan definidos desde el incontestable control partidario de la maquinaria estatal hasta la oposición marginal al régimen burgués. Y es precisamente en este marco que surge el interrogante fundamental: ¿cómo comprender la lógica subyacente a un movimiento en cuyo interior coexisten la omnicompreensiva figura del líder, destinada a servir de punto focal entre la comunidad de militantes en virtud de la proyección de unas —ficticias— cualidades que le unen indisolublemente a las del partido que encabeza, con las incitadoras imágenes del tribuno y del mártir, llamadas a movilizar a fracciones no necesariamente comprendidas dentro de los límites de la comunidad de culto? La manufacturada convicción acerca de la infalible y unificadora guía de Stalin; la “burocrática” e “impersonal” construcción de la imagen de su homólogo francés, Maurice Thorez, “inimaginable sin su partido” (p. 96), forman parte del mismo movimiento en que se encuadraron la popularidad del proletario dirigente británico Willie Gallacher; las personalísimas cualidades heroicas de un Luis Carlos Prestes martirizado por la dictadura de Vargas; el coraje del gigante Guiorgui Dimitrov enfrentando al Tercer Reich durante el juicio del Reichstag; el sacrificio definitivo del líder comunista Ernst Thälmann, encarcelado y fusilado por el régimen nazi; o la incendiaria atracción de la Pasionaria Dolores Ibárruri Gómez. El choque entre dirigentes con luz propia y líderes necesitados de la apropiación de méritos ajenos a través de mecanismos partidarios queda brillantemente expuesto. Morgan añade otro factor de importancia en este ya de

por sí complejo escenario. Muchos de estos mismos referentes de las prácticas anti-burocráticas terminaron siendo igualmente endiosados en cuanto ocuparon cargos administrativos en sus respectivos partidos. El efecto, nuevamente, era logrado a través de una calculada canalización del capital político, colectiva o individualmente acumulado, sobre estas representativas figuras, siempre en el interés más amplio del partido.

El lector encontrará una original propuesta para poner orden sobre este ambiguo cuadro de líderes, mártires y tribunos a partir del recurso a una operación heurística fundada en los caracteres alternativos del culto como integrador (*integrating*) —donde los elementos esotéricos de referencia al propio movimiento son activados con el propósito de reforzar la cohesión interna y el control sobre los bastiones ya conquistados—, y como propagador (*enkindling*) —tendiente a desplegar estrategias de atracción dirigidas a un público más amplio—. Aspectos que, por su parte, tenderán a prevalecer el uno sobre el otro según que la dinámica del movimiento a nivel internacional aconseje la adopción de una postura de mayor apertura —como ocurrió durante el período de los Frentes Populares— o bien conduzca a un creciente aislamiento y consecuente cerrazón sobre sí mismo —tendencia predominante durante los primeros años de la Guerra Fría—. Esta es la línea interpretativa fundamental que nos brinda el autor para captar el desenvolvimiento del fenómeno del culto a la personalidad dentro del movimiento comunista a lo largo del período estudiado. Recién en el capítulo tercero encontramos una clara explicitación de esta lógica explicativa, que atraviesa el conjunto de la obra. Quizás, atendiendo a los fines expositivos, habría resultado de mayor conveniencia introducir esta explicitación al comienzo del libro.

Por cierto, este esquema refleja un delicado equilibrio entre sus aspectos constitutivos. La dinámica de acumulación de capital político, por su propia naturaleza, conllevaba potencialmente el riesgo de desestabilizar los intereses integradores perseguidos por el culto. La promoción excluyente de un dirigente determinado podría independizarlo respecto del conjunto del movimiento y, por supuesto, de su máximo líder. Morgan señala esta posibilidad en los siguientes términos:

Con su generalización a través del movimiento comunista, la ambivalencia del culto a la personalidad consistió en que requirió tanto de la explotación del capital político [...] como de su subordinación al más elevado interés colectivo del partido. Es aquí que las lógicas en competencia de integración y propagación estuvieron más evidentemente en tensión (p. 111, traducción propia).

Ambivalencia esperable ya que, después de todo, la subordinación del culto a la personalidad de un individuo a una lógica de fortalecimiento de un cuerpo colectivo no dejaba de suponer un arma de doble filo.

Quien reseña la obra no puede dejar de advertir, a lo largo de la lectura de sus capítulos, la existencia de un importante paralelismo con el plano eclesiástico. Ciertamente se trata de una licencia del responsable de estas líneas, puesto que Morgan no propone tal comparación. No obstante, no resulta exagerado argumentar que, si el tesoro celestial de la Iglesia se funda en la superabundancia de méritos realizados por Cristo y por las vidas ejemplares de los santos, los cofres cominternianos se nos revelan llenos de las hazañas heroicas de sus más insignes exponentes y, fundamentalmente, de su máxima realización, la victoria revolucionaria de 1917. Los dirigentes comunistas incapaces de demostrar un pasado militante heroico debieron recurrir a la maquinaria partidaria, principal administradora de los méritos revolucionarios, para modelar una imagen acorde a su función. Y ello en una medida inversamente proporcional a la cantidad de capital político individualmente acumulado. Morgan reconstruye así la imagen proyectada de Stalin quien, a falta de la incendiaria oratoria o brillantez intelectual de un Trotsky o del genio político de un Lenin, es retratado como el modesto militante entregado abnegadamente al trabajo en servicio del partido responsable de la victoria del proletariado. Ciertamente, el culto a la personalidad de semejante personaje no puede ser concebido sino en función de una absoluta y calculadamente adaptada identificación con los superabundantes méritos revolucionarios del PCUS. No sin razón, nuestro autor nos señala el “ardiente deseo y sueño” por parte de la Pasionaria Ibárruri de conocer, en su visita a la Unión Soviética, no a Iosiv Stalin, sino al “líder del proletariado mundial” (pp. 106-107). Constantemente se nos recuerda que no es en virtud de sus propios méritos, sino de los del partido que encabezó, que Stalin llegó a ser presentado como la encarnación del movimiento comunista en su conjunto. Igualmente, el estalinista culto al líder thoreziano, como procura demostrar Morgan en más de una sección del libro, responde a la misma lógica.

International Communism and the Cult of the Individual se presenta como la culminación de un trabajo de investigación de largo aliento². Las tesis desarrolladas, así como las discusiones planteadas a lo largo de sus siete capítulos, se hallan sólidamente fundadas en una documentación cuidadosamente seleccionada. Todo ello la constituye en una producción historiográfica de obligatoria consulta para el especialista en la historia política del movimiento comunista internacional. De hecho, quien desee profundizar sobre la cuestión encontrará en las últimas secciones del libro los apartados indicativos de los archivos consultados. Pero su carácter académico no debe desalentar su lectura a todo aquel que pretenda indagar el aspecto esencialmente trágico de este proceso de expropiación de la iniciativa política de las masas que subyace al culto de la personalidad en el comunismo.

Morgan finaliza su estudio devolviéndonos a las sabias palabras de La Internacional, que aquí pueden leerse como una anticipada advertencia sobre los futuros peligros que podría atravesar el movimiento: “ni en dioses, reyes ni tribunos, está el supremo salvador. Nosotros mismos realicemos el esfuerzo redentor”. Seguimos al autor en este dictamen final.

2 Kevin Morgan ha desarrollado una prolífica producción sobre la izquierda europea en tiempos de la Tercera Internacional. De la amplia obra escrita por parte del autor cabe destacar en este marco su labor como coeditor junto con Norman LaPorte y Matthew Worley de un trabajo colectivo acerca de la estalinización de las principales secciones europeas de la *Comintern*. LaPorte, Norman, Morgan, Kevin y Worley, Matthew (eds.): *Bolshevism, Stalinism and the Comintern. Perspectives on Stalinization, 1917-53*, Londres, Palgrave Macmillan, 2008.